

Libro: **LAS VOCES ANTIGUAS. Un viaje a Los Pedroches**

Autor: **Alejandro López Andrada** - Fecha de publicación: 1995

BAJO UN TECHO DE PAJA: ALFONSO ARROYO

Encinares de piedra y caminillos de mercurio en la quietud de agosto. El tiempo es amarillo y en sus páginas de soledad la dulzura sueña. Hay casitas de nata en las colinas, cristalinos rebaños, somnolientas vaquerías donde el sol labra su memoria lírica. Todo es azul arriba. Flota un águila sobre el humilde auto del viajero. A las espaldas de éste, las retamas se abrazan como lágrimas felices.

Es un paisaje que duele e inmoviliza las raíces del ánimo. Resuella la soledad entre los tomillares y se tiende como una res enferma. De Dos Torres a Pedroche, en la azulada carreterilla, sólo cruza el viento acompañado por la mansedumbre de los pájaros que huyen hacia el norte. Todo se duerme en un punto dulce del lánguido y tímido horizonte. Vuela una tórtola sobre el corazón del viajero. Queda atrás Dos Torres, y el campanario de Pedroche se levanta en el oriente como una lanza de humo. A los pies de la torre, como niñas azucaradas, las casas se arrodillan, hilvanando lágrimas de cal bajo un calor antiguo y melodioso. Dentro del pueblo, en la textura umbría de las estrechas callejas medievales, el viajero aturdido, emocionado, se adentra en un mágico laberinto de sombras y luz: van envolviéndolo sonidos de otra edad, humildes rostros perfumados por el tiempo. Ya en la cálida plaza de las Siete Villas, bajo la sombra paternal del Ayuntamiento, el viajero dialoga con Alfonso Arroyo: un hombre de campo, entrañable y sencillo. Y éste le habla de un mundo rural y agridulce, desvaído como un retrato en tonalidad sepia. "Nací en Pedroche -dice Alfonso al viajero-, en el año 17, el 6 de mayo. A los siete años me puse a trabajar de zagal con mi padre, allí en una finca del río Guadamora, que está más allá de Torrecampo. La vida que teníamos era muy

esclava, y pasábamos muchas penas y calamidades. Por entonces, se cobraba en pan y aceite, pues no corría mucho el dinero". La voz de Alfonso, grave y cavernosa, umbría como el viento que rompe la escarcha, surge de su interior como a golpes de azada y, al poco, se hunde entre sombras vespertinas. Por una ventana, pálida y dolorida, penetra la última luz de la tarde que se escapa, y en la distancia, asomados tras los tejadillos, los montes azules de Ciudad Real se desvanecen, como grises palomas abatidas por el silencio. Alfonso recorre, sin prisa alguna, un paisaje romántico donde las palabras tienen olor de avena y centeno. La pobreza germina en la memoria del viejo pastor, uncida a una rebelión silenciosa e inmóvil. Y Alfonso Arroyo evoca su pasado con el desconsuelo y la dulce rabia de un hombre herido, con el dolor de un alma entrañable y luminosa que se ennegrece ante las órdenes de un pudiente. "La comida en el invierno era unas migas *tostás* -comenta al viajero, con un tono de acritud en su voz pura y recia-, siempre por la mañana, que comíamos casi siempre un cacho de pan seco. Y a la noche, se solía hacer un ajo, igual que las migas: solo y *pelao*. Luego, ya en el verano, se comía garbanzos al mediodía y algún tomatillo o sandía, si los criabas en algún cacho de huerto. Aquello era una esclavitud y pasábamos muchas penas". Y de nuevo la pena ayuntada a la tristeza ensombrecen el corazón de un pastor sencillo. Y de nuevo los recuerdos se llenan de sombra y se oscurecen como carbones bajo la lluvia.

En la magia del chozo

Hablar con Alfonso y hundirse en aquel tiempo al viajero le supone una grata experiencia. Es hermoso bucear, desde la distancia, en aquella edad bucólica y campesina, aromada de sencillez y suave

lirismo. Sin embargo, tras la poesía habita el sudor, y el cansancio galopa en las crines de la pobreza, en la resignada sumisión a la voz del amo. Mas, sobre todo, a pesar de la pena y la escasez, la ternura brilla en el tiempo como un arco iris, como un bello crepúsculo indestructible. "La vida en el chozo era más bien dura -confiesa Alfonso- pero uno ya estaba *acostumbrao*. Había unas camas de retamas y *jiniestas*. En el invierno, mi padre se levantaba por las noches y nos cubría con las cubiertas de la burra *pa* que no pasáramos frío. Éramos siete hermanos, pero dos se murieron de chicos, cuando apenas tenían los tres años". Y el viajero se emociona ante la honda transparencia de un dolor tan viril y tan genuino, quizá, asimismo, tan resignado. Trata de imaginarse aquella infancia curtida en la luz, bajo la bóveda azulada de un tiempo inaudito, pero el frío y la escarcha borran su pensamiento y sus ojos se queman bajo el aullido de la pobreza, bajo el grito interminable de la penumbra. En seguida, la voz de Alfonso brota de nuevo, y el presente retorna como un pájaro cautivo. El pastor se emociona cuando recuerda los chozos. "Primero no se conocían más que las chozas redondas -dice Alfonso-, que eran las que se hacían por aquí; pero luego conocí a un gañán que me habló de unas chozas *alargás* que se hacían mejor que las otras. Y yo empecé, por entonces, a hacer alguna. La verdad es que aquel gañán llevaba razón, porque las chozas *alargás* se hacían bastante mejor que las redondas. Yo metía en la choza cuatro camas, la cantarera, y otra cama *pa* los tocinos; porque *pa* los tocinos de la matanza había que tener un sitio bien *preparao*". Y después de describir, sucintamente, el interior del chozo, Alfonso explica al viajero la técnica que empleaba al construirlo. "La choza había que mudarla *tos* los años de sitio, y eso -dice sonriendo- sí que era un buen regalito. El chozo tenía trabajo, y yo *pa* hacerlo no tenía muchas ayudas; algunas veces me ayudaba la mujer dándome las pañetas. El chozo se iba haciendo con palos de encina que uno cogía

cuando se hacía la tala. Encima de los palos, se iba poniendo un techo *aplastaíto* de tamaras secas, sin hojarasca; lego ya le echaba retama y encima la paja con el bastantillo. La paja se cogía de los rastros, donde quedaba más alta; había que tejerla y luego se le echaba una poquilla agua encima y se pisaba. Arriba, en la corona del chozo, donde subía el humo de la candela, había que poner retama verde y nueva *pa* que hiciera buen cuerpo y no se prendiera con el fuego." Al terminar su discurso, Alfonso respira, como si el humo del chozo hubiera inundado su corazón ahogando en su acre aroma recuerdos limpios. Mira al exterior. En la plaza del Ayuntamiento un gritería de niños arrastra el olor vespertino del aire. Chillan las golondrinas en la soledad violácea y profunda del cielo ausente.

El arte del furtivo

Alfonso habla del hambre como de una amiga invisible que en otro tiempo le hizo compañía. Él, sin embargo, se las ingeniaba para esquivarla, pues el hambre es cosa de gentes humildes y ante ella es preciso aguzar el ingenio. "Nos espabilábamos en el asunto de la *comía* -explica sonriendo-, y muchas veces poníamos trampas a los pajarillos. Todo era por pura necesidad y no por capricho. No había dinero ni *pa* comprar cepos, y a los pájaros los cazábamos con losas. Las preparábamos con cuatro palos y una lancha de piedra. La losa se sujetaba con las *mosqueras*, que le decíamos a unos palitroques, y, cuando el pájaro entraba a comerse el cebo, tropezaba con los palos y entonces la losa se le venía encima. Así cogíamos bastantes de esos *curitas* y *piperos*. También cazábamos a las tórtolas en los *níos*, haciéndole un lazo con un pelo de cola de yegua. Entonces había mucha más caza que ahora". Y Alfonso Arroyo, el viejo pastor de Pedroche, cuenta al viajero algunas anécdotas furtivas: de cuando fueron a cazar perdices por la noche, con el garlito, o de cuando mató alguna liebre con el garrote cuando ésta cruzaba cerca de él en veloz carrera. La voz de Alfonso es como

un golpe de viento umbrío que recorre en soledad la antigua dehesa. Hay en sus palabras silbos de mirlos y estrellas, manantiales purísimos de los cuales fluye el tiempo, la azul bonanza de los días perdidos. "Mi padre, en paz descanse, tenía una escopeta vieja que se cargaba por la boca - prosigue Alfonso en su relato-, y la verdad es que tenía gracia *pa* cazar pues se le iban *mu* pocas piezas. Cada vez que mataba alguna liebre, mi madre cogía la borriquilla y venía a venderla al pueblo. Nosotros carne veíamos *mu* poca, porque hasta los pajarillos que cogíamos con las trampas solíamos venderlos. Apretaba el hambre y también la pobreza".

Las cucharas de cuerno

Sentados en una estancia del Ayuntamiento, el viajero y Alfonso ven cómo muere la tarde. Los niños se alejan en el vuelo de las golondrinas, y el pueblo enmudece, mágicamente, en unos instantes. Relatos de lobos, de culebras cervales y gatos monteses, urden la atmósfera añil de la noche que entra. El viajero rasga el azul tejido del tiempo y, agarrándose a la voz de Alfonso, se adentra, de un modo mágico, en el interior de una choza humilde, y allí, envuelto por la dulcedumbre, respira hondo bajo un techo de paja y silencio. Alfonso adormece las palabras, le inyecta quietud, y las transforma en bellísimas sombras de musgo y niebla. Allí, en el remanso de otra edad, alumbrados por un candil imaginario, Alfonso enseña, sin prisas, a su contertuliano cómo se hacían las viejas cucharas de cuerno. "Comíamos, por entonces, en un dornillo -exclama jocoso Alfonso, sumergido en su sonrisa cavernosa-, y nos las apañábamos con cucharas de cuerno. Mi padre las sabía hacer *mu* bien; yo también lo aprendí pues la cosa no era difícil. Las sacábamos del cuerno de un carnero, que cortábamos por la mitad y, después, calentábamos en la candela. Cuando el cuerno estaba caliente, se manejaba *mu* bien y era cuando hacíamos la cuchara".

Se ha espesado la noche, y las lechuzas del campanario rasgan el silencio con su hosco silbo de cuarzo. El viajero se despide de Alfonso Arroyo, con cierta tristeza: pues le ha tomado cariño. La brisa recorre la plaza como un gato triste, casi de puntillas, acariciando recuerdos. Cruza una muchacha de bellísima mirada, y la noche azulada se hace música en sus ojos. La luna asoma, tímidamente, tras los tejados, sobre la orla vaporosa de las colinas. El viajero piensa en los chozos ya derruidos, e imagina las camas de hiniesta devoradas por la lluvia, los amables candiles perforados por la ausencia. Deja que Alfonso entre, con paso firme, en la casa del Pensionista -de la cual ahora mismo es presidente-, y después sube al coche, sin ganas, mecánicamente, aturdido por el peso de la memoria. Ya en la carretera, alejándose de Pedroche, ve el viajero a sus espaldas el campanario iluminado. Un cárabo dócil cruza el asfalto, en el encinar. Lo esquiva en un acto reflejo, y se siente satisfecho. Las aves nocturnas ululan dentro de su nostalgia; se siente niño y se ve al lado de un chozo, mirando la bóveda dulce de los astros, escuchando las esquilas de dócil rebaño, saboreando el misterio humilde de la vida. Al poco, regresa de su ensueño. Frota sus ojos. Las estrellas titilan, como lágrimas de cuarcita, sobre el bosque invisible de la nostalgia. Cerca ya de Dos Torres, la luna es un fruto dulce acariciado por el silencio de las veredas. El viajero se acuerda de Alfonso, y en su corazón entra despacio la soledad, como un manso cordero. Abre la ventanilla del coche, y pasa el viento arrastrando una letanía de ecos y silbos: son los sonidos amables de otra edad, el olor de los chozos devorados por el musgo, las cucharas de cuerno ahogándose en la sartén amarga y ennegrecida de la pobreza. La mirada del viajero se humedece contemplando el dolor del campo que agoniza.